
Fábulas en Prosa I

José Fernández Bremón

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 8297

Título: Fábulas en Prosa I
Autor: José Fernández Bremón
Etiquetas: Cuentos, colección

Editor: Edu Robsy
Fecha de creación: 13 de julio de 2024
Fecha de modificación: 13 de julio de 2024

Edita textos.info

Maison Carrée
c/ des Ramal, 48
07730 Alayor - Menorca
Islas Baleares
España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Los dos juncos

Había brotado un junco entre las piedras de un torrente; el golpe de agua, dando en él de lleno, le obligaba a inclinarse hacia abajo, temblando siempre en el fondo de aquel movible líquido.

Díjole un junco de la orilla:

—¡Vaya una postura para un junco: no haría más la rama de un llorón! ¿No ves qué erguidos estamos aquí todos? ¡Álzate y honra a la clase con tu dignidad!

—¡Qué fácil es, compañero —dijo el junco caído—, mantenerse recto y firme donde nadie nos combate! Venga acá y sufra el peso de la cascada, y verá que haré con sostenerme cabeza abajo y sin dejar mis raíces en la peña.

Desde que me contaron este diálogo sencillo, antes de criticar a un hombre que se arrastra por el mundo, pregunto si ha nacido en la orilla o en medio del torrente.

Todos artistas

—Muy bien, compañero —dijo un cabestro alzando la cabeza, cuando concluyó de cantar el cuclillo—. No hay pájaro que te iguale, o no entiendo de música.

Picose del elogio el ruiseñor y cantó su mejor melodía para confundir al ignorante.

—¡Bah, Bah! —exclamó el cabestro—. ¿Quién comprende lo que cantas? Es largo y pesado: lo que canta el cuclillo es breve, claro y fácil.

—¿Y por qué nos llamas compañeros al cuclillo y a mí? —repuso indignado el ruiseñor—. ¿Cantas también?

—No, soy instrumentista.

—¿Tú, cabestro?

—Sí, también practico el arte musical. Ahora vas a verlo.

Y moviendo la cabeza el buey, tocó el cencerro.

La ostra y la lagartija

—¡Abre! ¡Abre la puerta! Que me has pillado el rabo y me lo cortas —decía una lagartija sujeta entre las conchas de una ostra.

—¿Y quién te mandó entrar en mi casa? Ahora no abro; espérate, que voy a echar un sueño.

—¿Un sueño? Suéltame, que tengo prisa, o te arrastro —exclamó la lagartija sacudiendo inútilmente a la ostra para salir de entre sus valvas.

—Estuvieras quieta y recogida en tu casa como yo, y no molestarías a nadie.

—¡Miren qué gracia! Tú tienes casa propia y te lo dan todo hecho; yo salgo a ganarme la vida. Déjame en libertad.

—¡Libertad! ¡Libertad! Yo vivo en clausura y no me quejo. ¡Ea! No abro: tengo mis horas arregladas y empiezo a dormirme.

La ostra se durmió y la pobre lagartija tuvo que estar sujeta y sufriendo sus dolores hasta que el molusco despertó tranquilamente y abrió sus conchas a la hora de costumbre.

Hay muchas personas que tienen para los demás el egoísmo de la ostra.

Los pacíficos

—¡Qué carácter tan dulce deben tener las abejas! Se pasan el día haciendo miel y todo su cuerpo debe ser de azúcar.

Esto decía un moscón viéndolas trabajar asiduamente y oliendo con deleite la miel, que trascendía a romero y a tomillo.

—Gente que trabaja suele ser pacífica —prosiguió diciendo—: ésa vuela hacia la colmena y debe estar hecha un tarro de almíbar. Yo no he almorzado todavía. ¿Por qué no he de comerme lo que lleva? Señora abeja, ¿quiere usted escuchar una palabra?

—Voy de prisa.

—Un momento nada más. ¿Se puede probar la miel que lleva usted a su colmena? Porque si me gusta haría a ustedes un encargo.

Y viendo a la abeja al alcance de su trompa, sin esperar respuesta chupó el glotón su abdomen, creyendo que iba a sorber miel. La abeja, indignada, clavó su aguijón en el atrevido y voló hacia la colmena.

—Ya estás aviado —dijo una sanguijuela muy práctica en la medicina—: esa herida es incurable.

—Yo creí —dijo revolcándose el moscón— que las abejas eran inofensivas.

—Según; déjalas trabajar y harán ricos panales: oféndelas y

te clavarán su puñal. De ti ha dependido obtener miel o veneno.

Los gusanos defraudados

—¡Vaya un chasco que nos ha dado esta señora! —decían unos gusanos abandonando un sepulcro—. Todo se vuelven ropas y más ropas, y sólo deja algunos huesos que roer.

—¿Sabes lo que me recuerda? —añadió uno de ellos—. El ayuno que pasé una vez que me tuve que refugiar en una alcachofa. Tenía más hojas que un libro: ¿sabéis lo que encontré dentro? Pues un cogollito sin sustancia.

El calzado de los insectos

—¡Papá! —decía un niño de seis años—. ¿Por qué van descalzos todos los insectos?

—Hijo mío —respondió el padre gravemente—, tienen algunos muchas patas y sería un gasto enorme. ¿Sabes el calzado que necesitaría una sola escolopendra cada vez que entrase en la zapatería? Pues tendría que decir: «Maestro: sáqueme usted setenta y cuatro pares de botinas».

—No todos son así.

—En efecto: nada sería más económico que convidar a zapatos a una sanguijuela.

José Fernández Bremón



José Fernández Bremón (Gerona, 1839-Madrid, 1910) fue un escritor, periodista y dramaturgo español.

Huérfano de padre y madre desde muy niño, vivió en Madrid desde los tres años educado y criado por su tío José María, quien le inició en el mundillo literario. Emigró a Cuba y México, donde habría hecho fortuna por su laboriosidad y talento natural de no haber deseado ardientemente volver a

su patria; ya en ella fue colaborador de El Globo, El Bazar (1874-1875), Blanco y Negro (1891 -1892), El Liberal, El Diario del Pueblo y Nuevo Mundo; fue redactor de La España, que luego dirigió, así como de La Época y La Ilustración Española y Americana; en esta última publicaba una "Crónica general" a la semana comentando los sucesos de actualidad con sátira ligera e ingenio, pero siempre sin decir las cosas a las claras. Denunció, por ejemplo, el interés de las potencias occidentales en ocultar los desmanes y crueldades de Turquía en Bulgaria. Ironizó también la habitual treta de valorar más las apariencias que las esencias en poemas como "Dar liebre por gato" y otras veces descubrió plagios literarios. Otros poemas suyos fueron recogidos en El libro de la Caridad (1879), según Cossío.

Afiliado siempre al Partido Conservador, fue un periodista con gracia particular, oportuno en la anécdota y la broma. Su escepticismo aparente era más bien benevolencia tolerante. Asiduo de la tertulia de María de la Peña, baronesa de las Cortes, sostuvo con Leopoldo Alas "Clarín" una sonada polémica en 1879 que abarcó más de veinte años; Clarín le achacó la culpa de la estruendosa silba que acogió su drama Teresa y le llamó "el Himeto de la crítica en cuanto a dulzura"; por eso fue blanco predilecto de sus Paliques junto a autores como Peregrín García Cadena. Bremón correspondió atacándole cuando vino a dar una conferencia al Ateneo de Madrid en 1886 y en otras ocasiones. Sin embargo, habían sido amigos y ambos se apreciaban como escritores.

Sus Cuentos (1879) fueron muy apreciados y han sido recientemente reimpresos (Un crimen científico y otros cuentos, Madrid: Lengua de Trapo, 2008). En plena época del Realismo, le interesa la fantasía per se y presagia la literatura de ciencia-ficción o ficción científica no ocasionalmente, sino en dos de sus cuentos, "Un crimen científico" (1875) y "M. Dansant, médico aerópata" (1879), que son los mejores de este género en la España del XIX; el primero narra los experimentos de un médico para hacer ver a los ciegos, con marcado aire gótico; el segundo cuenta un

rentable timo. En otros imita lo mejor de Charles Dickens. Otras narraciones son Siete historias en una: cuento (Madrid: Imprenta y Estereotipia de El Liberal, 1885) y Gestas o El idioma de los monos (Coruña, 1883). Al teatro lleva un fino humorismo sentimental que no llega nunca a caer en la sensiblería, a pesar de que no llegó a tener éxito con su producción dramática, en la que destacan obras como Dos hijos, Lo que no ve la justicia, Pasión de viejo, El espantajo (1894), Pasión ciega, Los espíritus, El elixir de la vida y La estrella roja (1890). Jordi Jové encuadra su postura filosófica dentro del positivismo comtiano en boga en la época.